

El túnel

Ya no sé ni dónde estoy, los frondosos árboles que abundan alrededor no me dejan apenas percibir los escasos rayos de sol. Empiezo a andar, y pienso en cómo podría haber llegado hasta aquí, no recuerdo nada. Sin embargo, el lugar en el cual me encuentro me inspira muchas sensaciones que hubiera jurado haber vivido antes: el rumor de una cascada, el canto de los pájaros, el olor de la hierba mojada...

De pronto, el silencio, la oscuridad, invaden el bosque. Empiezo a correr en busca de un refugio, pues ya caen las primeras gotas de lluvia. Al fin encuentro una especie de guarida, escondida entre la maleza, suficiente para pasar allí la noche y resguardarme de la lluvia. Decido dormir un poco, esperando que todo sea un extraño sueño.

Pasaron las horas, los días, los meses y seguía sin despertarme, me encontraba en un bucle infinito del cual no podía salir. Parecía como si no tuviera ganas de seguir viviendo y la única forma de estar cómodo era hacer como si no existiese, como si fuera un simple accidente del entorno, y sinceramente es mucho mejor así: sin preocupaciones ni tropiezos de por medio.

Me sumerjo en un profundo sueño de tranquilidad. Al principio pienso que nada malo puede suceder, que nada me puede asustar. Corro libre entre los campos de mi pensamiento, navegando entre vagos recuerdos, aprendiendo de mi pasado. Parece como si al dormir, mi mente se hubiera abierto y empezara a recuperar las imágenes de mi vida. Momentos todos ellos alegres, maravillosos, en los que empecé a recordar a mi familia, a aquellos tiempos en los que solíamos coger el coche y no parábamos hasta encontrar el mejor lugar para montar nuestro picnic dominguero. Tiempos en los que salíamos mi hermana y yo del colegio y nos esperaban en una esquina con nuestros bocadillos y una pelota de fútbol, con la que jugábamos en el campo de al lado. Aquellas tardes de lluvia que nos pasábamos hablando en la mesa del salón de cualquier tontería que se nos ocurriese... Todo era fascinante en aquel momento, todo lo vivía en primera persona pues, aunque no había tocado esos recuerdos desde hacía mucho tiempo, al fin y al cabo eran míos.

Por desgracia, no todo era como yo pensaba, ya se volvía a avecinar la misma tormenta de la cual había huido tiempo atrás, justo antes de comenzar este "maravilloso" sueño en el cual había caído. "Maravilloso", pues hasta aquel momento mi cabeza era dueña de la más simpática alegría, pero todo aquello estaba cambiando, los colores que gobernaban mi pensamiento se empezaban a tornar oscuros. La tormenta de la que te hablaba se acercaba más y más rápido,

y a cada centímetro que avanzaba, más cambiaba mi sueño. Todos los recuerdos de los que te hablé antes desaparecieron, y en su lugar se empezaban a observar imágenes posteriores a las otras memorias, no tan ilusionantes como las anteriores. Se podían observar rostros mezclados de tristeza y enfados después de tremendas discusiones, imágenes de disculpa ante la tumba de mi padre, lágrimas de mi madre antes de la visita al hospital donde estaba mi hermana...

Me desperté sobresaltado, aunque ni sudaba ni tenía acelerado el pulso. Intenté quedarme con la parte buena de mis recuerdos, tratar de obviar el sufrimiento y la tristeza. Y así fue como actué durante los siguientes meses, quedándome al margen de mis preocupaciones y disfrutando de mi nueva vida en soledad, aunque siendo feliz conmigo mismo.

Durante ese tiempo no presté mucha atención al porqué me encontraba allí, solo, en las tripas del bosque, pues en esos momentos no me interesaba especialmente. Simplemente no perdía el tiempo en especulaciones que no llegaban a ningún lado. Mi modo de vida consistía en disfrutar de lo poco que tenía y el descubrirme a mí mismo. Aprendí que después del negro va el gris y que al final (por fin), viene el blanco, dando por sentado que los males son pasajeros, y siempre tienen solución.

Con el tiempo empecé a advertir una presencia extraña en el bosque, al principio pensé que eran simples animales, aunque aun así no estaba tranquilo del todo. Hubo un día en el que pude observar a dos personas que me miraban entre la maleza, y en cuanto les miré, salieron huyendo en dirección contraria. Les seguí un rato, pero perdí su rastro, era curioso y a la vez me asusté; todo era muy raro.

Resulta que volvieron a aparecer un par de veces más hasta que se atrevieron a salir de su escondrijo. Esa vez se acercaron a mi lado, y en cuanto les vi la cara, sentí el impulso de ir a abrazarlos inmediatamente: ¡eran mi padre y mi hermana! Corrí hacia ellos con la más profunda sonrisa en mi rostro, estaba eufórico. Al parecer ellos no tanto, me miraban más bien con un aire de tristeza y pena. De primeras me quedé un poco atontado, hasta que recordé: ellos estaban muertos.

Huí de su lado, sorteando los árboles en busca de una salida, debía de ser una pesadilla. Pero a cada paso que avanzaba, ellos aparecían a mi lado otra vez. Seguí así durante varios minutos, no estaba consiguiendo ninguno de mis propósitos y continuaban mirándome con la misma expresión de antes.

Ellos no hablaban, ni nunca intentaron relacionarse conmigo, por eso, y aunque me diese pena, les ignoré durante mucho tiempo. Siempre me seguían durante mis travesías por el bosque, me ayudaban con la mirada a dormir, y hasta me señalaban los mejores paisajes que nos ofrecía la naturaleza.

Varias veces les pregunté acerca de ellos, preguntas sin respuestas, pues permanecían siempre callados. Dada esta situación, no sabía que pensar, tampoco si ignorarlo todo y quererlos como siempre, o asustarme. Viví durante un tiempo con una sensación de desconfianza y a la vez de anhelo de volver a mis orígenes, a mis raíces, a vivir la vida de antes de este sueño-pesadilla. Una vida de claroscuros, pero una vida.

En uno de mis paseos matinales, cerca de una zona que ya conocía, advertí algo que me llamó la atención. Me encontré una especie de camino entre los árboles que juraría no haber visto antes. Mi padre y mi hermana me lo señalaban insistentes, por alguna razón pretendían que lo tomara. Seguí el camino, de apariencia normal, y después de un tiempo de travesía salimos del bosque. Los árboles que abundaban a mis espaldas se iban reemplazando por el olor a neumáticos, y luego por el de las fábricas y así sucesivamente, adentrándome más y más en la metrópoli. Durante todo mi trayecto nadie me saludó ni me dirigió la mirada, cosa a la que no le di valor ya que suponía que no lo hacían porque estaban con la cabeza en otro sitio o ni siquiera notaban mi presencia; la gente de la ciudad no suele prestar atención a este tipo de cosas, pero te diré que en ese momento no lo hacían no por esa razón, sino por otra mucho más tajante.

Iba sin un rumbo determinado, por lo menos para mí, únicamente seguía las indicaciones que mi padre y mi hermana me marcaban. Sin saber cómo, de repente, caminaba mucho más rápido y empecé a reconocer el entorno. Me dirigían hacia mi casa, ese espacio de cuatro paredes en el que vivimos toda nuestra vida. Me sentía reconfortado porque por fin volvería a estar con mi familia después de lo que me parecía una eternidad. Todo iba sobre ruedas. Pronto abrazaría a mi madre.

Al entrar en mi casa me di cuenta que había cambiado, mi madre estaba llorando en el sofá y un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por los sollozos de ella, inundaba la estancia. Mi padre y mi hermana lo observaban todo con una expresión hierática y, de alguna manera, sentía que querían que subiera las escaleras, así que eso es lo que hice, como cualquier otro día hubiera hecho al volver del Instituto.

Cuando llegué a la puerta de mi cuarto vi que un crespón negro estaba colgado del picaporte. En ese momento recordé que era el mismo que pusimos en la habitación de mi hermana cuando... ¡Ya entiendo todo! Pero... es imposible. No puede ser. Entré en la habitación y me recosté en la cama, llorando las lágrimas que no tenía, ahogándome en mis propios sentimientos...

Me desperté en el andén de una estación. Observaba cómo la gente aparecía cada pocos segundos saliendo desde diferentes accesos, debían ser seguramente al que venían los mordidos por la Muerte. Ya llegaba el tren, paró e inmediatamente sentí el impulso de cogerlo, si no, ¿porqué razón estaba allí? Al entrar, me quedé de pie agarrándome a una de las barras del vagón, desesperado por ni siquiera saber cómo había muerto. Fue entonces cuando salió de uno de los letreros el siguiente texto: "Dylan Walker: muerte por suicidio". Esta frase me sugería innumerables preguntas, aunque no todas tenían respuestas. Espera, luego te cuento que ya veo la luz al final del túnel.

"Es verdad que estamos muy arraigados a nuestras raíces, pero al fin y al cabo, somos como el césped, muy fáciles de arrancar".